

vejez (que ya me empieza) la mujer que cuide de uno amorosamente...

—¿Por qué no se casa usted? ¿Por qué no se casó ya?

—¿Me permite usted, señora Nieves, un poco de filosofía? Es una de las pocas ideas claras que llevo incrustadas en el cerebro: el amor es de los fuertes. El amor es para los hombres como su marido, que saben ganar las oposiciones, las pesetas y las mujeres guapas como usted.

—¿Guapa yo?

—Decírselo no es piropo, porque tiene usted título de reina, y bien ganado.

Con todo, era un piropo.

Al acabar de decirlo, se le quedó a Candaosa la garganta seca y en el espíritu notó el desconsuelo de haber cometido una gran indiscreción.

Pero "miss Avilés", acostumbrada al piropo, lo recibió sin inmutarse.

—Es una teoría equivocada, señor Candaosa. El amor no tiene esas reglas fijas. No se fie usted demasiado de las apariencias, porque las mujeres a lo mejor nos sentimos atraídas hacia quien menos lo espera. Y, en cambio, esos hombres fuertes, tan guapos, tan listos, se equivocan de medio a medio.

—¿Es una divagación, señora Nieves?

—Es una confidencia, Candaosa.

La desgracia fué que, al llegar a este punto, se encendió la luz.

◆

A pesar de la lluvia y del frío, no se encaminó Margariños rectamente, calle de Uría arriba, sino que antojósele dar una vueltecita por Cimadevilla, a fin de hacer tiempo y llegar, como siempre, a la una a su casa. En toda la ciudad no encontró más que dos cosas en pie: las álamos de San Francisco y los serenos. La ciudad dormía. Al pasar por cerca de la Audiencia, oyó cómo el reloj de la catedral, con sonoridad disminuída por el viento, dió la una.

Al llegar vió cómo la puerta de la calle estaba entreabierta. Subió al piso; también la puerta estaba de par en par. Entró en su cuarto. Llamó a Nieves. Nieves no respondía. Encendió la luz. La cama conyugal estaba intacta. Sobre la mesilla de noche encontró dos objetos extraños: un guardapelo lleno de cabellos tostados, rojos, con fuerte olor a tabaco, envuelto en un papel que decía: "Muy agradecido a sus consejos, déjole, en recuerdo, buena parte de mi bigote.—Candaosa." Y el otro objeto era una cartulina enrollada: el título de "miss Avilés", con estas palabras escritas de puño y letra de Nieves: "Renuncio a mi título de reina y te regalo el diploma."

Al anoecer del día siguiente, el señor Margariños despertó, y enseguida se toca la cabeza para comprobar si la tenía en su sitio. Unos minutos antes, bajo el dolor de una pesadilla, oyó en la calle pregonar a los vendedores de los periódicos que el Gobierno había acordado suprimir la fe notarial. De esto tuvo la certeza, al despertar, que se trataba de un mal sueño de una noche de invierno; pero de todos modos, con la fría soledad del lecho, el diploma de reina y el bigotillo irónico, rojo, recién cortado, sobre la mesilla de noche, no le era posible encontrar el centro de gravitación y su espíritu flotaba en el vacío.

DIBUJO DE SANTONJA

Juicios de la Prensa

"Diario de Córdoba", Córdoba

Hemos recibido el número 10 de la revista CIUDAD, que se publica semanalmente en Madrid y cuya magnífica presentación y excelente contenido honran a la Prensa española.

Dirige la mencionada publicación nuestro estimado colaborador D. Víctor de la Serna, cuyo solo nombre significa ya una garantía de la excelencia de la obra comenzada.

El número de CIUDAD de que hacemos mención lleva trabajos literarios de prestigiosas firmas de España y del Extranjero, ilustrados con fotografías y con dibujos de nuestros más destacados artistas, entre los que citaremos únicamente a Sancha y Gori Muñoz.

Nada se echa de menos en esta revista, que, no obstante su corta vida, ha adquirido ya tan sólido prestigio, que la hace indispensable al público que gusta de lecturas selectas.

◆

Ha sido nombrado corresponsal de CIUDAD en Córdoba nuestro distinguido amigo el culto escritor Sr. Guerra Martos, al que enviamos nuestra enhorabuena.

CIUDAD se vende en todos los quioscos al precio de veinte céntimos.



Noche en alta mar

Por JOSE VENEGAS

El barco camina esta noche como si se deslizase suavemente, sin necesitar el impulso de las hélices. Dicen que, desde tierra, un niño puede mover un navío tirando de un hilo de seda. Pensamos que este ancho camino de plata que la luna ha tendido delante de nosotros está formado por innumerables hilos luminosos que nos llevan suavemente. La proa da cuchilladas al agua, con un cabeceo perezoso, y las ondas, empenachadas de espumas, se desflecan a los lados, con un rumor sordo. Dejamos—carretera que la quilla abre en las aguas—una ruta a la espalda: primero, verdosa, con crespones albos; azul, después, con un temblor de estrellas; negra en la lejanía, confusa y perdida en la infinita llanura ondulante. Acodados, enredando las miradas en las espumas que nacen y mueren, de espaldas a la fiesta que se celebra a bordo, perseguimos las sombras de la noche y el remoto escintileo de las estrellas.

"Cuando iban a la India naves..."

Esta nave de ahora es bien distinta de las que evoca el poeta portugués. Es un poderoso trasatlántico sometido a la exactitud matemática. No tiende al viento los grandes triángulos de las velas. No adorna su proa con mascarones ni levanta en la popa un castillo de madera. Carece de aquellas líneas que se curvaban y se retorcián en un delirio barroco. Ha perdido la gracia antigua. Aquella era la nave; éste es el navío. La curva femenina que culminó en la proa ofreciendo al viento la túnica de la Victoria de Samotracia ha sido substituída por esta línea rígida y exacta: viril.

Y, sin embargo, ¡qué bello es el buque! Todo él—lleno de cordajes, chimeneas, tuberías, estremecido por la palpitación de las máquinas poderosas—está colmado de vitalidad. Desde los hilos que se tienden de un palo a otro y captan maravillosamente el mensaje que el mundo nos envía, hasta las hélices que, en su torbellino, van tragando distancia. Abajo, las máquinas encienden en sus hornos la fuerza vital que se distribuye y diversifica por el buque. De ella recibimos el impulso, el calor, la luz. Nos envuelve y nos rodea: es como las venas, que llevan el caudal de vida bajo la piel.

Los trazos imperiosos de las grúas, de los altos postes y de las chimeneas; la red de los cordajes que van de proa a popa, de babor a estribor, obedecen a la ley de la necesidad. Su belleza nace de su conveniencia. No hay una línea superflua, ni un plano ocioso. Rígida y sobria, la silueta del navío adquiere una categoría estética por su obediencia a un rigor científico.

En las entrañas de este monstruo, que cabecea lentamente, vamos nosotros, miles de criaturas; nos distribuimos, reproduciendo en esta soledad de las aguas las divisiones del mundo.

En el centro, ocupando lujosos camarotes y amplios salones, con fiestas y confort, los privilegiados de la fortuna. Para ellos son los paseos que brindan los anchos puentes, el lujo de los jardines de invierno, las terrazas, las salas confortables, la música incesante y la fiesta permanente. Inmediatos a ellos, a popa, los viajeros de segunda. Y adelante, a proa, apretados, moviéndose entre los cables, las grúas y los aspirado-

res, los desdichados, los que emigran con la lucecita de la ilusión en los ojos o tornan con las cenizas del ensueño perdido. Nos apartan leves distancias en el espacio y nos separan diferencias infranqueables. ¿Cuánta sangre, cuánta angustia, cuánto esfuerzo costará a uno de estos emigrantes saltar a los salones de primera? Si, por maravilla, pudiese contemplar y vivir en unas horas los dolores futuros y la recompensa final, renunciaría a ella por demasiado mezquina. Pero al que le aguarde la victoria en la curva de la vida, como al que le espere la derrota, le animan, más que la recompensa, el ansia de lograrla. Porque de todas las cosas, lo mejor es su promesa.

Es noche de fiesta. En el cielo comienza a perderse el Camino de Santiago, y ya ha nacido la Cruz del Sur. Pasamos de un hemisferio a otro. Los farolillos rompen las sombras con leves burbujas de luz matizadas de colores. Los violines elevan sus notas agudas sobre el rumor ronco del mar. Las mujeres, desnuda la seda de la garganta y de los hombros, bailan. Hay en las pupilas de una mujer la promesa mejor. Y hay en unas pupilas distantes—las de los hombres de tercera, que miran desde proa—una carga de deseos violentos.

En las máquinas enrojecen los obreros, casi abrasados por el fuego que nos conduce. Un grupo de marineritos, en un rincón de proa, escucha un acordeón que lanza a la noche su melodía agria. Cerca hay una mujer pálida que acuna a un niño enfermo. En el jardín de invierno bailan las parejas. En la última cubierta, entre los botes, un hombre dice a una mujer palabras bisbiseantes y trémulas. Su soledad tiene el testigo azul del cielo, que los mira con los ojos de las estrellitas.

Delante, el camino de plata lunar. Atrás, la cinta que deja la quilla arando las aguas. El navío camina en la noche. Las hélices siguen tragando distancia.

DON EMETERIO MUGA



Las dotes del hombre de gobierno futuro, de gran gobierno nacional, suelen apuntar en esos comienzos, muchas veces anónimos, al frente de los asuntos provinciales. Un departamento español cualquiera, en sus límites de relativa trascendencia política y civil, encierra en la mayoría de los casos graves problemas de mando, en los cuales se curte y prepara la futura y gran actividad de los hombres de gobierno.

Uno de los mejores gobernadores que ha tenido Guipúzcoa en estos cuatro años de República es, sin duda, el que actualmente representa al Gobierno en aquella industriosa y simpática provincia del Norte.

Don Emeterio Muga se ha captado en el tiempo de su mando las máximas simpatías por su certera actuación al frente de aquella provincia, una de las que requieren precisamente ser regidas con más tacto y ponderación.

El Partido Radical de San Sebastián, interpretando el general sentir y haciéndose eco de los deseos unánimes del pueblo, acordó recientemente pedir al Gobierno presidido por D. Alejandro Lerroux la continuación del Sr. Muga en su difícil cargo—para el desempeño del cual tan grandes muestras de amplio y recto criterio viene dando—, y la concesión para el mismo ejemplar gobernador guipuzcoano de la Medalla de la República.

CIUDAD se complace en difundir los singulares merecimientos de D. Emeterio Muga, y le felicita efusivamente por todo ello.

Uno de los postulados que orientan con mayor firmeza y claridad de ruta a esta publicación es el que atañe a nuestras relaciones con los pueblos de habla y cultura hispánica. Nos proponemos, con cabal conocimiento de causa y con pasión auténtica, devolver a ese pobre término desahuciado y falto de espinazo a fuerza de manoseos inútiles, que es el hispanoamericanismo, su dignidad originaria y su entusiasmo creador. Sabemos perfectamente de lo que se trata y lo que hay que decir y que hacer; y, sobre todo, lo que no hay que hacer ni que decir, pues en esta cuestión del hispanoamericanismo, si algo hubo fueron demasías: farfalla de palabras huecas y súbitos entusiasmos sin plan originario y sin continuidad adecuada.

Por eso ahora, que se va a realizar algo serio, práctico y bien determinado en este terreno, hemos creído del caso entrevistarnos con alguien que nos diera noticia de esta Exposición de Prensa Hispanoamericana que, por iniciativa del Ayuntamiento de Madrid, se celebrará en esta capital dentro de algunos meses.

Debemos a la amabilidad de D. Antonio Asenjo, director de la Hemeroteca Municipal—y hemos de hablar en artículo aparte de esta magnífica institución que honra a España—los datos que implica este reportaje. Para su amabilidad y para su fervor hispanoamericanista, he aquí nuestras manos en apretón de gratitudes y nuestro apoyo más sentido e incondicional. Ese es el Madrid a que aspiramos: una capital de la hispanidad que, en sintonía perfecta con las otras capitales de nuestro mundo, vibre con ellas en tono y momento, sacudida por el entusiasmo joven de la obra común y no el pulpo centralista, pseudoimperialista y burocrático apegado a intolerables rutinas y manifestándose en el viejo lenguaje caduco de la pragmática y del tópico sentimentalón y ridículo: que éste sí es el lenguaje que América no tolera ni entiende.

Don Antonio Asenjo, el glorioso sainetero y paciente erudito nos recibe en su despacho del Palacio de los Lujanes, con esa abierta simpatía del madrileño cabal. A los pocos minutos somos ya viejos amigos. Va y viene atareado entre libracos, empleados y papelorios.

—Si estorbo, D. Antonio...

—¡Qué ha de estorbar, hombre! Aquí los del oficio están en su casa, pues ésta debiera ser, en realidad, la Biblioteca Nacional de los Periodistas. Lo que me "estorba" es que ustedes no vengan más y más frecuentemente.

En cuanto le entero de mis propósitos informativos, D. Antonio moviliza veinte empleados que van a escalar cien estantes, me atiborran de estadísticas, índices y folletos, y van dejando delante de mí montañas de volúmenes.

—Ahí tiene usted, y mientras yo le hablo trabaje, anote, averigüe, y no tenga prisa ninguna, que aquí estamos para eso.—D. Antonio, atizado por sus indomables nervios, corre de aquí para allá, se indigna con el teléfono, grita aterrado cuando yo enciendo un cigarrillo, que me obliga a tirar enseguida, y aguanta con increíble paciencia el bruto chaparrón de insolencias que le asesta un lector reclamándole no sé qué periódico que, por lo visto, está en la encuadernación.

—Pero, hombre, ¿qué quiere usted que le haga a un encuadernador que se ha enfermado?

CONCHA ESPINA



nuestra ilustre colaboradora, a su llegada al Perú como embajadora especial en la República hermana. La acompañan su yerno, el famoso artista Regino Sáenz de la Masa y su señora esposa.

Una Exposición de Prensa Hispanoamericana

El Director de la Hemeroteca Municipal habla para CIUDAD

—Que se mueran todos los encuadernadores del mundo, pero esa colección debía de estar aquí. Y que sea la última vez, ¿eh? ¡La última!

Y el lector se va entre un temporal de denuestos y portazos. D. Antonio vuelve a mí como si nada hubiese ocurrido. Debe ser plato diario.

—¡Ah! Decía usted... Pues se trata de lo siguiente: queremos que en abril de 1936 se celebre en Madrid una Exposición de Prensa Hispanoamericana.

—¿De qué forma piensan ustedes asociar a los pueblos de hispanoamérica a esta feliz iniciativa?

—Invitándoles a que concurren representados por sus periodistas y a que nos envíen, para exhibirlas aquí, junto con las nuestras, las colecciones de su Prensa. No olvide usted que el periodismo hispanoamericano tiene un primordial interés histórico, puesto que en aquellos países nace ligado al hecho mismo de la independencia política, de la creación de su personalidad nacional. Y aun en las publicaciones de los últimos años de la época colonial—en el tercio final del siglo XVIII—puede advertirse la gestación teórica de los movimientos libertadores, en muchos casos propulsados por los propios españoles del Virreinato.

—¿Y existen en la Hemeroteca de Madrid algunos de esos ilustres ejemplares?

—¡Ya lo creo! Y son de los más preciados que tenemos. ¿Quiere usted ver algunos?

Nuevo tecleo de timbres. Nueva legión de empleados. D. Antonio, movedizo, nervioso, da órdenes rápidas y precisas y suelta títulos y fechas con una seguridad que acredita tanto un portentoso conocimiento del enorme material que le está confiado—50.000 volúmenes con 9.000 títulos—como del gran cariño que pone en su cometido. Los empleados van dejando bajo mi asombro ojiabierto verdaderas maravillas: "El Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata", cuyo primer número es de mayo de 1801; "El Semanario del Nuevo Reyno de Granada", de 1808; "El Diario de La Habana", de 1810; "El Lince", "El Patriota Americano", "El Correo de las Damas" y "La Perinola", de los mismos años y ciudades; "La Gazeta Literaria", de Méjico, que data del 1788; "El Duende de los Cafees" y la "Gazeta de los Países Imaginarios", de 1820; "La Minerva Peruana", de hacia 1808, encima de cuyo título se lee: "¡Viva Fernando VII!"; "La Gaceta del Gobierno de Lima Independiente", que comenzó a publicarse el 16 de julio de 1821, es decir, al otro día de la proclamación de la independencia del Perú, número inicial que existe también en la Hemeroteca... Y así hasta "La Nación", de Buenos Aires, "El Mercurio", de Chile, y "El Diario de la Marina", de La Habana, de hace veinte días. Todavía tengo tiempo de echar un vistazo a esta cosa venerable que es el primer número de la "Gaceta". Data del año 1661, y se titulaba por aquel entonces nada menos que "Gaceta de los Sucesos políticos y militares de la mayor parte del mundo", etcétera, etc., y que es la misma que hoy sigue publicándose bajo el rubro de "Gaceta de Madrid". Hojeo brevemente el "Diario Histórico, Político, Canónico y Mo-

GUILLÉN SALAYA



autor de "Bajo la luna nueva".

ral" del año 1732, y paso corriendo sobre las magníficas insolencias de aquel correveidile de la Prensa fundamental, que circulaba manuscrito por el Madrid del año 1735, con el título de "El Duende", bajo el que encubría su ingeniosa lengua viperina Fray Manuel de San Joseph, que por ello sufrió persecución y encierros... Pongamos un "y así sucesivamente", para que las menciones ilustres de cuanto puede verse en la Hemeroteca no llenen todas estas páginas. D. Antonio acaricia los lomos con fruición, casi diría codiciosa. A las exclamaciones de mi pasmo, responde con una breve risotada y dice apenas: "¿Qué tal? ¿Eh? Pues ágárrese, que ahí va eso." Le brillan los ojos tras las ventanas de los lentes y me apedrea con otra maravilla, riendo como un chico y gozándose en mi asombro. En los títulos campea un honradote gusto artesano lleno de orlas y mayúsculas para servir de traducción gráfica a aquellas ampulosas denominaciones de una época "progresista", pelucona, barroca, un poco vana y enciclopedista, y la prosa de los textos se abre con una anchurosa fluidez caudal de plumas sinfónicas, que aún no habían olvidado el solemne "tempo" latino de las bien digeridas Humanidades...

Me entera el Sr. Asenjo de que la Exposición que se proyecta ha tenido dos precedentes notables: la Internacional de Prensa celebrada en Colonia en 1928, a la que España concurre, y la Iberoamericana de Sevilla, de 1929. Me expone a grandes rasgos el plan de conferencias que ha de ilustrarla: un ciclo, a cargo de periodistas americanos y españoles, y las secciones de que constará como elementos auxiliares de la Exposición propiamente dicha: La tipografía a través de los tiempos; una redacción del período romántico; la maquinaria, desde el tórculo abuelo hasta la rumbosa rotativa... Se advierte que el Director de la Hemeroteca tiene todos los pormenores seriamente pensados. ¡Ojalá que todo se lleve a realización con el primor, el detalle y la abundancia de su concepción primigenia!

—Todavía unas palabras, y ahora, mías, si usted me lo permite.

—Todas las que usted quiera.

—Pues mire usted: yo conozco los países americanos donde esta clase de iniciativas interesan grandemente. Desde el punto de vista profesional, yo mismo soy americano, puesto que al amparo de aquella Prensa me he ido formando en mi oficio. Todo esto se lo digo para añadir, de inmediato, que esta misma Exposición debiera de continuarse llevándola a aquellos países, directamente a la insobornable emoción hispánica de aquellos países, que en la geografía espiritual y emocional no están más cerca de España, quizás porque España no ha sabido atraérselos, o, mejor que esto, interesarlos en la grandeza de la obra común y en la comunidad paralela de destinos. Hágalo usted, D. Antonio; usted, que ve tan claro y tan lejos en estos asuntos. Mande esta Exposición a toda la América de habla española y habrá usted coronado digna y prácticamente tan feliz iniciativa.

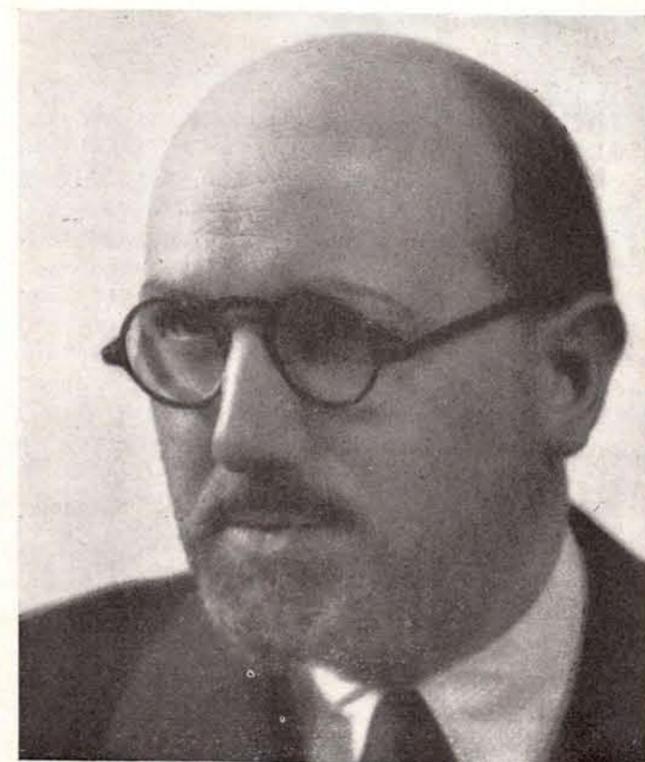
Don Antonio queda pensativo un rato como si mis palabras respondiesen a su íntimo pensamiento, y dice:

—¡Si de mí dependiera!...

—Pues dígaselo usted a quien pueda hacerlo. La idea ahí queda, por lo que pueda servir como sugerencia.

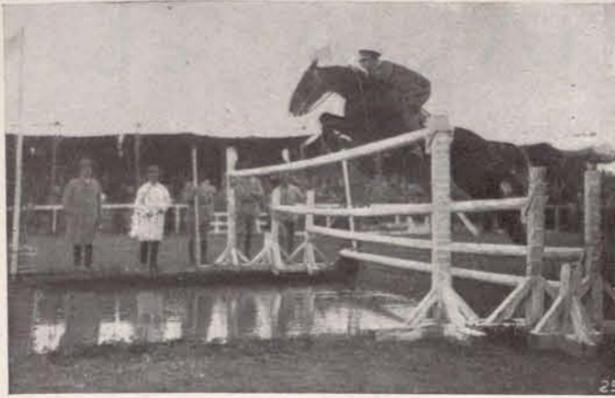
E. B. A.

LEÓN FELIPE



el gran poeta, cuya Antología de versos ha constituido uno de los éxitos literarios de la temporada.

HIPISMO



El capitán Navarro, jinete de máximas facultades, que fué componente del equipo campeón olímpico.

Segunda prueba de la selección para Niza

Por "EL PÁJARO"

En la pista de la Asociación general de Ganaderos, y ante numerosa concurrencia, tuvo lugar el día 7 del corriente la segunda prueba hípica exhibitoria de los que aspiran a ser seleccionados para representar a nuestros jinetes en el concurso hípico de Niza.

Un tiempo espléndido favoreció su celebración y contribuyó a que resultase una reunión deportiva muy interesante y agradable.

A pesar de las reducidas dimensiones de la pista, los obstáculos habían sido tan admirablemente emplazados, que, no obstante sus respetables proporciones, tenían un fácil acceso para los caballos. El recorrido lo constituían ocho severos obstáculos, entre ellos un triple de barrera, doble barra y muro con barra, este último a 1,50, y una triple barra a 1,50 con seto alto detrás, que imponían a los caballos, pero merced a su buena confección hípica resultaban muy saltables; prueba de esta acertada confección de obstáculos y recorridos fué lo lucida que resultó la prueba.

Abrió pista el teniente D. Luis con "Mandarín"; su recorrido fué impecable y de una gran precisión.

Siguió el teniente Torres con "Le Cabaunon"; el caballo llevaba vendada la mano izquierda y algunos días sin trabajar, debido a una inoportuna lesión sufrida; no obstante estas desventajas, su actuación fué francamente buena.

El teniente Artalejo, con "Batama", salió a continuación; este jinete había sufrido una caída recientemente con "Batama", por lo que el semoyente estaba algo acobardado, y no obstante la monta enérgica de Artalejo, no dió su habitual nivel.

El capitán Turrión, con "Capucho", hizo una monta inmejorable, sacando el rendimiento máximo a las cualidades de su montura.

El capitán Artalejo, con "Desaliño", hizo también sin falta el recorrido, demostrando, como en la otra exhibición, estar muy en forma y conocer perfectamente su caballo.

"Revistada", con el capitán García Fernández, nos demostró que este año la yegua no se duele, pues saltó con verdadera fe y facultades, haciendo un recorrido limpio.

Cerró pista el capitán Cavanillas con "Ducal"; nos probó una vez más ser un consumado jinete, dando a su caballo una monta que le hizo cubrir un recorrido que era superior a su clase.

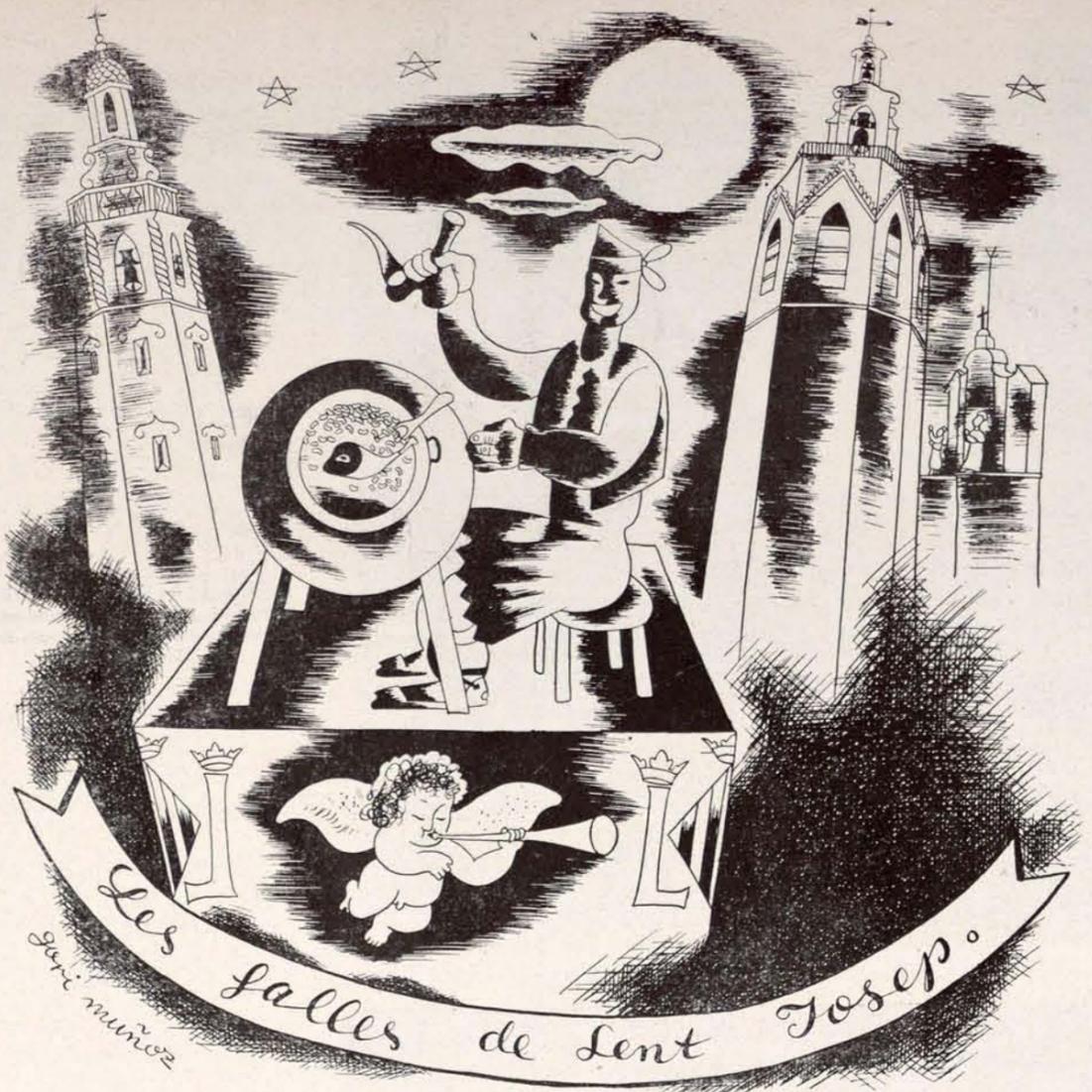
Después, sin realizar el recorrido por recientes cojeras sufridas, fueron presentados en la pista los caballos "Destrier" y "Formidable", montados por los tenientes De Luis y Artalejo, respectivamente; estos dos caballos han sido seleccionados ya en otras ocasiones, y sería lástima que no se pudiera contar con ellos.

La prueba resultó, como antes decimos, muy interesante para la afición y muy lucida, pues la mayoría de los recorridos se hicieron sin falta y con extraordinario dominio, como correspondía a tan calificados jinetes, poniéndose de manifiesto además lo mucho que había avanzado el entrenamiento de los caballos desde la primera exhibición.

Para que estas cuartillas alcancen el próximo número no esperamos a saber la decisión del Jurado; pero sea cual fuere, ha de ser acertada, dada la buena fe y competencia de su presidente y miembros.

Aclaración

Teniendo conocimiento que mis modestas opiniones y juicios hípicos de los números anteriores de CIUDAD, sobre la selección de Niza, habían causado mal efecto, por poder prestarse su lectura a interpretaciones que pudieran envolver crítica o censura para personas o entidades, quiero hacer constar de una



Para una interpretación lírica de Valencia: LAS FALLAS

Por JOSE OMBUENA

Ayer, al atardecer, apenas si un ligero bullicio de chicuelos hacía presentir la fiesta. Cuando el empleado municipal pasó encendiendo el alumbrado de gas, comenzaban a llegar las primeras figuras, los primeros "ninots", ocultos en telas y periódicos. Cuando el mismo empleado, paso cansino y una cancioncilla dormida entre los dientes, volvió a pasar apagando las luces, ya se adivinaba casi todo el tinglado.

Ayer, al atardecer, apenas si hacía presentir la fiesta un ligero bullicio de chicuelos y un rumor lejano de tambores y dulzainas. Hoy, todo el barrio es una carcajada de percalina y gallardetes, y en una enrucijada ha brotado la "falla" como flor de irónica y donosa belleza.

Infinitos dedos señalando la misma alusión grotesca. Infinitos ojos con la misma mirada burlona. Infinitas bocas rasgadas por una misma risa mordaz. Y en el ambiente de la plazuela, una misma frase picante dejada escapar por infinitos labios. Todo el barrio es una carcajada de percalinas y gallardetes, peinados cariñosamente por el viento, que corteja a la "falla" y la acaricia con sus múltiples dedos.

Por eso, ese mismo viento, en los restantes días marceros, muerta ya la "falla", cruza huracanado por plazas y calles, atrollando lo que encuentra a su paso y aullando dolorosamente.

Y por eso, ese mismo viento, si es desdeñado, reuerce a la "falla" entre sus brazos y la estrecha contra el suelo, dando motivo para esas gacetillas intrascendentes de "fallas" derribadas, que casi todos los años se asoman a las columnas de los periódicos, y a las que yo concedería, en la sección de sucesos, la categoría de crímenes pasionales del más puro estilo popular.

La "falla" ayer no era nada, y hoy lo es todo. Como los árboles, que ayer, desnudos, comienzan hoy a vestirse de verdor. Como la luna, ayer estocada de luz en las sombras y hoy ruedo de plata en el azul. ¿Cómo fué prodigio tan sutil? Con la admirable simplicidad con que se realizan los más grandes prodigios. Con la magnífica y admirable desproporción entre los medios y el

manera espontánea que nada tan lejos de mi ánimo como tratar de censurar a nadie ni salirme de la órbita puramente deportiva, por lo que desde estas páginas me complazco así en manifestarlo, deseando para lo sucesivo que nadie vea en mis apreciaciones más que un buen deseo de mejora para el deporte y la afición hípica, por lo que nunca mis ideas respecto a una mejor organización pueden tener más alcance que el puramente deportivo, sin referirme, por tanto, a otro aspecto que al del fomento de la afición hípica. Conste así.

resultado que preside las más pasmosas maravillas. En el cuento de Andersen, de una vieja cuchara de plomo nacen veinticuatro soldaditos, todos iguales, salvo uno, cojo e intrépido.

En una ingeniosa invención que todos hemos conocido en nuestros tiempos de calzón corto y calcetines caídos, por una herradura se pierde un reino.

Y en este hecho social, magnífico, de la "falla", merecedor de ser estudiado cariñosamente lejos del tópico, de la prosa pobre y de la rima barata, con la admirable conjunción de mucho arte, y más aún, mucha más, artesanía, sobre un fondo de humor nace, nada menos, que el regocijo de todo un pueblo.

El humor lo ofrece, abundante, una gente que sabe inyectar a la vida un inimitable contenido irónico.

El arte florece en esos conceptos primarios, pero decisivos, de lo bello y de lo feo que en ella han arraigado poderosísimamente.

Y en cuanto a la artesanía, ella preside todo el génesis y toda la elaboración de la "falla", y tiene una explosión rotunda la noche de la "plantá", en la que los martillazos sueñan a eco de una Valencia gremial y agermanada.

El "ninot" de la "falla" tiene su filosofía. Rezumante de amargura, unas veces; jubilosamente optimista, otras; popular siempre, con su contenido certero.

El es el desahogo de una gente que ríe una vez al año ante el gran teatro del mundo, y vuelve a contener las carcajadas durante doce meses.

Pero lo que es innegable es que tras él se oculta un pueblo con una vocación irresistible para la vida pública que da forma corporal a sus sátiras y a sus defectos para exhibirlos a la luz del día.

—¿Per ahí hi ha una esteroto velleta?—gritaban unos muchachos, arrastrando una estera raída. No hay que esforzar mucho la imaginación para hallarle un sentido simbólico a la escena.

El pueblo ha confesado sus culpas y las de su época. Ahora hay que romper con el pasado turbio, y para ello nada mejor que la hoguera, que purifica. Todo lo viejo—todo lo que duerme su sueño de inutilidad en desvanes—que vaya al fuego. En torno a él quizá los espíritus se sientan más generosamente fraternos, que no en balde el fuego ha presidido todos los primeros núcleos sociales, y cuando la hoguera se alce en la noche ancha y honda, la multitud trenzará en su derredor una danza con las manos enlazadas, las frentes dirigidas a lo alto y formando una rueda sin principio ni fin, como el espíritu luminoso de Valencia.

DIBUJO DE GORI MUÑOZ

HACIA EL GRAN MADRID



Un aspecto de la calle de la Colegiata, cuyo viejo pavimento de asfalto no le ha quitado emoción ni belleza a este hermoso rincón de Madrid.



El laboratorio de la Compañía Peninsular de Asfaltos, moderno y completísimo, tiene un piso de asfalto, apropiado para esta clase de dependencias.



El grabado muestra una vista parcial de las dependencias exteriores de la fábrica y algunos de los carros empleados para el transporte del asfalto.



Otro aspecto del nuevo Mercado de Frutas y Verduras que se está construyendo en las inmediaciones del Puente de la Princesa.

El dinamismo de la vida moderna ha creado la necesidad de la velocidad, el único vicio nuevo de la humanidad, al decir de Paul Morand. Si hasta hace relativamente poco era desconocida y hasta menospreciada por los hombres, se debía exclusivamente a que éstos no tenían la posibilidad de desarrollarla en la forma vertiginosa que podemos hacerlo hoy, puesto que todas las vías de tránsito eran detestables. Las calzadas urbanas y los caminos nacionales y vecinales eran, cuando no de tierra, de basta piedra impulimentada, sólo apropiada para cabalgaduras y vehículos capaces de resistir el formidable zarandeo a que los sometían los baches del camino.

Pero he aquí que, con los primeros automóviles, hizo su aparición en la técnica de la construcción de los caminos un elemento tan viejo como el mundo pero de utilización reciente: el asfalto. Este negro betún de Judea, que debe su nombre a la circunstancia de que su principal yacimiento estuviera a orillas del lago Asfaltites, tenía una propiedad que fué aprovechada por los técnicos: si, derretido, se lo esparcía sobre una base firme, se obtenía un pavimento que reunía sobre todos los conocidos una serie de ventajas apreciables.

España, país apegado a lo conocido, y, naturalmente, remiso a todo lo que signifique innovación, tardó en adoptar este nuevo tipo de pavimento; pero han primado las excelencias del asfalto sobre toda otra consideración, y hoy Madrid, como las demás ciudades españolas, tiene sus magníficas calzadas asfálticas y está unida al resto de las ciudades por carreteras también de asfalto, que podemos mostrar con orgullo a los turistas que nos visitan.

El viejo Madrid se remozó no solamente por obra de su edificación moderna y monumental, sino también con el cambio de pavimentos, que le da a sus calles un aspecto nuevo, pulcro, limpio, europeo. ¿Pierde, acaso, carácter una ciudad porque haya algún anacronismo entre su edificación y su pavimentación? Y nos hacemos esta pregunta porque nos imaginamos la objeción de algún esteta a ultranza, que preferiría ver los más pintorescos rincones de la ciudad felipense con sus calzadas siempre revestidas de aquellas piedras infames, que aun en nuestros días es posible contemplar en el callejón de Tudescos y en alguna otra arteria de las inmediaciones de la Plaza de la Villa. Pero la objeción carecería de sentido, como si pretendiéramos visitar la ciudad en una calesa ochocentista o en un palanquín medieval.

Las fotografías que ilustran estas páginas muestran distintos aspectos de la aplicación del asfalto en Madrid. En todas ellas ha intervenido la Compañía Peninsular de Asfaltos, S. A., poderosa Empresa a la que corresponde un puesto destacado en el progreso edilicio de la ciudad. Ella ha hecho posible la rápida transformación de nuestra fisonomía urbana, y ha hecho transitables muchas calles por las cuales no hubiera podido aventurarse un automóvil.

El auge del asfalto es explicable desde muchos puntos de vista. En primer lugar, se trata de un pavimento que aventaja a todos los demás, por su lisura, por su impermeabilidad y por la facilidad con que se puede reparar cualquier destrozo que se hiciera en el mismo. Sólo podría competir con ventaja en este último sentido el pavimento de madera; pero ésta solamente puede ser empleada económicamente en aquellos países que tienen quebracho u otros árboles tropicales de recia fibra. Pero donde se muestra la superioridad del

asfalto es, sobre todo, en la higiene, ya que ningún pavimento tiene su impermeabilidad y su facilidad para limpiarlo. Por esta razón, el asfalto ha desplazado casi definitivamente a todo otro sistema en los mercados de frutas y verduras y en todos aquellos lugares en que han de almacenarse y exponerse materias susceptibles de una rápida descomposición. Es así como el asfalto se lo encuentra en todas las dependencias del mercado que está terminándose de construir en las inmediaciones del Puente de la Princesa, siguiendo las enseñanzas y la experiencia de este tipo de construcciones.

Y de esta manera, el viejo betún de Judea, en el cual creíase ver una maldición de Dios en los tiempos bíblicos, se ha venido a transformar, gracias a los progresos de la técnica, en un elemento de utilidad indiscutible. Lo que antes era considerado como un elemento nocivo para la fertilidad de la tierra, se ha convertido hoy en el medio gracias al cual los productos de las tierras feraces llegan con rapidez y seguridad a las ciudades. La negra cinta asfáltica que cruza toda la tierra española se hace maraña en las ciudades para facilitar el tránsito de todos los medios posibles de locomoción terrestre.

Corresponde, pues, a la Compañía Peninsular de Asfaltos, S. A., un puesto de vanguardia en el progreso edilicio y económico de Madrid. Ella ha realizado la transformación de los viejos pavimentos madrileños en esas magníficas calles asfaltadas, de alguna de las cuales publicamos en este mismo lugar su fotografía. Si decimos que a esta Empresa corresponde un puesto de vanguardia en el orden económico, no lo decimos tanto por los ingentes capitales que mueve, cuanto porque todo progreso edilicio supone, por ese mismo hecho, un adelanto económico. Nada más erróneo, en efecto, que creer que lo bello carece de utilidad o de valor económico. Alrededor de lo bello se crea siempre un conjunto de intereses que tiene su apreciación material. Así, por ejemplo, una calle o una carretera bien pavimentadas valorizan automáticamente las propiedades colindantes y facilitan su corriente de tráfico.

Los pavimentos que fabrica la Compañía Peninsular de Asfaltos, S. A., son todos a base de mineral de asfalto, o sea caliza asfáltica, y son de tres clases: asfalto natural fundido, asfalto comprimido monolítico y asfalto comprimido en losetas. La primera calle que se pavimentó en Madrid con losetas de asfalto comprimido fué la calle de las Huertas, y de su ejecución se encargó la Compañía Peninsular de Asfaltos, S. A., en el año 1910.

Desde que esta Empresa inició su labor, en el año 1903, ha pavimentado en toda España más de mil calles. La cifra es, en verdad, considerable; pero es necesario advertir que la capacidad de producción de la Compañía supera los 210.000 metros cuadrados por año. Es interesante conocer que en la ejecución de todos estos pavimentos sólo ha tenido intervención una industria netamente nacional.

La Compañía Peninsular de Asfaltos, S. A., cuyo domicilio social está en Madrid, en la Avenida del Conde de Peñalver, número 21, tiene dos fábricas en Madrid, una en Valencia, otra en Barcelona y la última en Sevilla. En estas dos últimas es donde se fabrican las losetas de asfalto.

E. P. M.

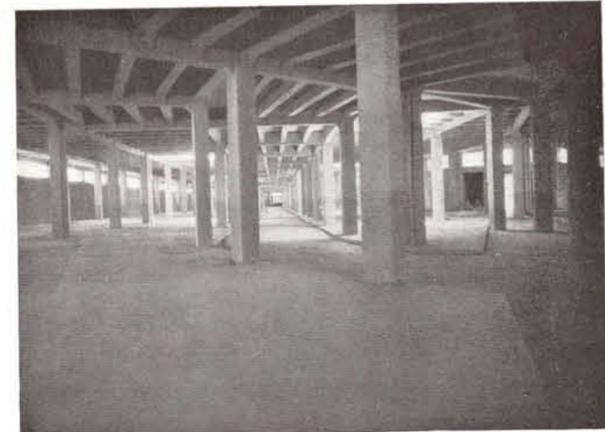
En todo su recorrido, desde el paseo de Recoletos hasta la calle de Alcalá, la de Villanueva tiene un piso que está de acuerdo con la moderna edificación de ese barrio.



Hoy la madrileñísima plaza de la Villa muestra remozado su pavimento. La Torre de los Lujanes, la Casa de Cisneros y el Ayuntamiento no proyectan ya sus sombras venerables en las losas antiguas, sino en el liso asfalto.

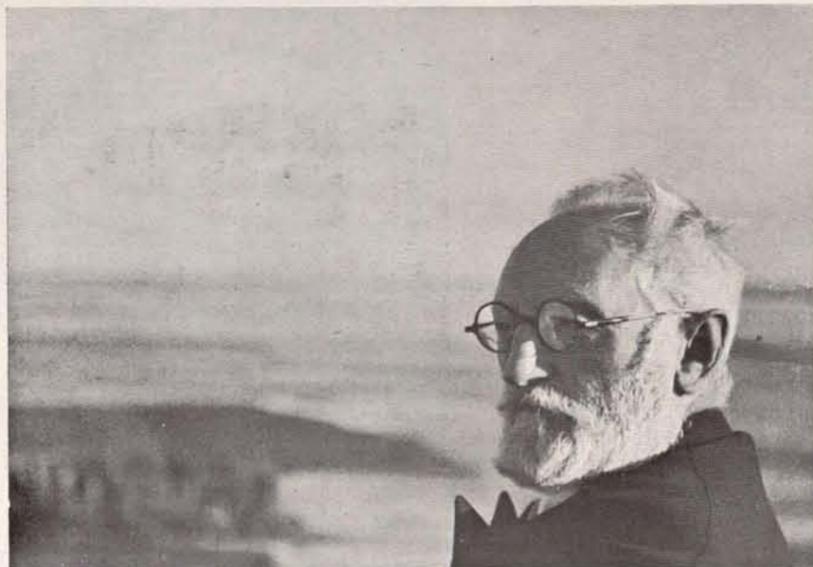


El pavimento de asfalto reúne condiciones de higiene superiores a cualquier otro. Por esta razón se lo ha empleado en el Mercado de Frutas y Verduras, que pronto será librado al servicio público.



El acceso a la Vieja Plaza de Toros de Madrid se hacía por la amplia avenida del mismo nombre, cuyo pavimento de asfalto ha reemplazado con ventaja al antiguo empedrado.





Cuando un hombre resiste, como ha resistido D. Miguel de Unamuno, a ese acto funeral de la jubilación oficial, y cuando vuelve a surgir con todo "punch" viril de su atlética ancianidad por debajo de un mar de discursos y de literatura, es que no ha terminado su surco en la Historia ni ha dejado la túnica magistral olvidada para siempre.

Suelen decir, los que tienen del político una tosca idea rural, que D. Miguel de Unamuno es un deplorable político. Así es, seguramente, si por político se entiende el cazador de votos a tantas azumbres de vinazo el voto, o si por político se entiende el bergante charlatán que vende fórmulas de felicidad material inmediata por todas las calles, callejuelas, plazas y plazuelas que tiene el país.

Pero si por político se entiende un hombre que llega poco a poco con palabras cálidas y manos paternales a remover la entrañable y antigua substancia de España, que la remueve su sentimiento íntimo con ideas encarnadas en fórmulas indeciblemente cordiales; si se entiende por político el hombre que mejor ha sentido en su ser físico la angusta llamada de su Patria inmensa y tiene en su mano blanda de patriarca, calentándola con sangre de sus venas y aliento de su pecho, a la última célula del ser vivo que es España..., entonces, amigos, Miguel de Unamuno es el primer político de España.

Puede ser varia la fortuna del país; pueden enloquecerle vientos fríos de las planicies asiáticas, alborotados vientos y barrocas ideas del Mediterráneo. Pero la juventud madurada de España volverá en los momentos de duda sus ojos a la limpia colina de la frente de Unamuno, purificada por el airecillo rectilíneo que tonificaba laureles en el Huerto de Fray Luis.

Todos los discursos de todos los políticos españoles en treinta años no valen un diálogo con Miguel de Unamuno. El sabe mejor que nadie, porque se lo ha dicho en intimidades epistoláricas la propia España, cuál es su destino y su ansia, dónde está su último deseo, cuál es la última caricia que espera. Nadie, nadie sabe esto como Miguel de Unamuno, a quien, por saberlo, le llaman paradojista, estafalaric y chiflado. Todo eso son desdenes de amantes contrariados, Unamuno ha sido un conquistado por Castilla voluntariamente. Entregó a Castilla su fuerte naturaleza vasca, su lengua materna, y Castilla le devolvió el secreto de su romance y le dió a su Salamanca de plata y oro. Por un fenómeno de mimetismo, él es como Salamanca: plata, en el venerable somo de su cabeza equilibrada. Oro, en la tez, patinada por un sol que fué imperial.

Unamuno suele pasear en las marciales tardes de Salamanca por los sotos sombreados del gentil álamo castellano, referencia vegetal del paisaje en España, como lo es el ciprés en el paisaje de Italia. Desde el Huerto de Fray Luis ha contemplado muchas veces la amada ciudad, su patria espiritual. De esa contemplación nacieron estos versos de la "Oda a Salamanca".

Al publicarlos con una espléndida fotografía, en que aparece la ciudad con toda su calidad de una obra de orfebrería de Arfe, rendimos a Unamuno el homenaje de admiración que cualquier día del año y cualquier año de nuestra vida es oportuno.



S A L A M A N C A

*Alto soto de torres que, al ponerse
tras las encinas que el celaje esmalta,
dora a los rayos de su lumbré el padre
Sol de Castilla;*

*bosque de piedras que arrancó la Historia
a las entrañas de la tierra madre,
remanso de quietud: yo te bendigo,
mi Salamanca.*

*Miras a un lado, allende el Tormes lento,
de las encinas el follaje pardo,
cual el follaje de tu piedra, inmoble,
denso y perenne.*

*Y de otro lado, por la calva Armuña,
ondea el trigo, cual tu piedra, de oro,
y entre los surcos, al morir la tarde,
duerme el sosiego.*

*Duerme el sosiego, la esperanza duerme;
de otras cosechas y otras dulces tardes,
las horas al correr sobre la tierra
dejan su rastro.*

*Al pie de tus sillares, Salamanca,
de las cosechas del pensar tranquilo,
que año tras año maduró en tus aulas,
duerme el recuerdo.*

*Duerme el recuerdo, la esperanza duerme,
y en el tranquilo curso de tu vida,
como el crecer de las encinas, lento,
lento y seguro.*

*De entre tus piedras seculares, tumba
de remembranzas del ayer glorioso,
de entre tus piedras recogió mi espíritu
fe, paz y fuerza.*

*En este patio, que se cierra al mundo
y con ruinosa crestería borda
limpio celaje; al pie de la fachada,
que de plateros*

*ostenta filigranas en la piedra;
en este austero patio, cuando cede
el vocerío estudiantil, susurra
voz de recuerdos.*

*En silencio Fray Luis quédase solo,
meditando de Job los infortunios
o paladeando en oración los dulces
nombres de Cristo.*

*Nombres de paz y amor con que en lucha
buscó conforto, y, arrogante, luego
a la brega volvióse, amor cantando,
paz y reposo.*

*La apacibilidad de tu vivienda
gustó, andariego soñador, Cervantes;
la voluntad le enhechizaste, y quiso
volver a verte.*

*Volver a verte en el reposo quieta,
soñar contigo el sueño de la vida,
soñar la t. Ja que perdura siempre,
sin morir nunca.*

*Sueño de no morir es el que infundes
a los que beben de tu dulce calma,
sueño de no morir ese que dicen
culto a la muerte.*

*En mí florezcan, cual en ti, robustas,
en flor perduradora, las entrañas,
y en ellas talle con seguro toque
visión del pueblo.*

*Levántense cual torres clamorosas
mis pensamientos en robusta fábrica,
y asíense en mi patria para siempre
la mi Quimera.*

*Pedernoso cual tú sea mi nombre,
de los tiempos la roña resistiendo,
y por encima al tráfigo del mundo
resuene limpio.*

*Pregona eternidad tu alma de piedra,
y amor de vida en tu regazo arraiga,
amor de vida eterna, y a su sombra
amor de amores.*

*En tus callejas, que del sol nos guardan
y son cual surcos de tu campo urbano,
en tus callejas duermen los amores
más fugitivos.*

*Amores que nacieron como nace
en los trigales amapola ardiente,
para morir antes de la hoz, dejando
fruto de sueño.*

*El dejo amargo del Digesto hastioso
junto a las rejas se enjugaron muchos,
volviendo luego, corazón alegre,
a nuevo estudio.*

*De doctos labios recibieron ciencia,
mas de otros labios, palpitantes, frescos,
bebieron del Amor, fuente sin fondo,
sabiduría.*

*Luego, en las tristes aulas del Estudio,
frías y oscuras, en sus duros bancos,
aquietaron sus pechos, encendidos
en sed de vida.*

*Como en los troncos vivos de los árboles
de las aulas, así en los muertos troncos
grabó el Amor, por manos juveniles,
su eterna empresa.*

*Sentencias no hallaréis del Triboniano;
del Peripato no veréis doctrina,
ni atorismos de Hipócrates sutiles,
jugo de libros.*

*Allí Teresa, Soledad, Mercedes,
Carmen, Olalla, Concha, Blanca o Pura,
nombres que fueron miel para los labios,
brasa en el pecho.*

*Así bajo los ojos la diuina
del amor, redentora del Estudio,
y cuando el maestro calla, aquellos bancos
dicen amores.*

*¡Oh, Salamanca! Entre tus piedras de oro
aprendieron a amar los estudiantes,
mientras los campos que te ciñen daban
jugosos frutos.*

*Del corazón en las honduras guardo
tu alma robusta; cuando yo muera,
guarda, dorada Salamanca mía,
tú mi recuerdo.*

*Y cuando el sol al acostarse encienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje, de lo eterno heraldo,
di tú qué he sido.*

Psicología del gato

Por FELIX DEL VALLE



I

Aparte el momento en que el gato se mira en la ancha barra azogada del guardarropa y cepilla, boxea y rasca el cristal, dando *punchs* constante a su figura, yo no lo veo otra gracia. Frente al espejo, en efecto, se vuelve loco. Quiere cogerse la cola con el buzón de piedra pómez de su hociquillo, y torpe, voltejea, sin enterarse de cuál es la cola verdadera, si la reflejada o la suya propia. Entonces da setenta vueltas, rehilete o carrusel, ante la impasible luna. Entonces hace de *tio-vivo*, o mejor dicho, de *tio tonto*, puesto que tampoco acierta a «pescarse» el largo penacho de su rabo.

Y después, ¿qué? Confesémoslo. Los gatos son los más solemnes pelmazos. Yo los he visto en todas partes, en la selva más o menos virgen, y en los hogares más o menos felices. Largos, flacos, malhumorados, dispuestos a la agresión y satisfechos, indolentes y perezosos. Broncos y malévulos, miniaturas de los famosos toros de Miura, sin el empuje nervioso y el acierto de éstos para manejar los puñales acaramelados de sus pitones. Y ahitos, gordos, papujos rechonchos, obesos, en fin, como venturosos mitrados. Jaboneros, sardos, berrendos, chorreados en verdugo, etc., etc. El «atuendo» es casi idéntico al de los toros de lidia. Los hay, desde luego, muy decorativos. Todos los lectores conocerán el gato de Angora, poeta de salón, felizmente mudo; residuo de algún Versalles zoológico, con largas, finas y lustrosas melenas, tan grandes, que cubren su cuerpo de pabellones de seda. Meter la mano entre tales lomos de suavidad, con los dedos abiertos en faena de maquinilla de cortar el pelo, es realmente una delicia para la epidermis. La palma goza tanto como la mirada cuando contempla la pomposa majestad de estos animalitos. Pero igual que toda majestad, la del gato de Angora termina en cuanto de él concretamente se puede ver o tocar. Es incapaz, en cambio, de hacer algo por su cuenta y riesgo. Soso, lleno de vanidad, no toma determinación alguna ni posee jocosas iniciativas. Cree que todo se lo merece. Displicente, parece que hubiera agotado su *stock* de ilusiones o hallarse intoxicado de opio o de morfina. ¿Aburrido? ¿Nostálgico? ¿Neurasténico? Semiduerme con las bolas de gaseosa de los ojos, que invitan a ser hundidas con el dedo por si éste es el secreto para que los gases de sus energías despierten. Como tal operación sería cruel, el deseo queda sin realizarse. Y los ojos verdes o avellanados del «michi» sufren el sube y baja lento y desesperante de los telones de los párpados, mientras nuestra imaginación elabora un rabioso puntapié en salvada sea la parte, que, por cierto, también es frenado por la educación.

II

No cabe duda que los animales llamados domésticos son los nuevos esclavos del hombre. Todas sus armas naturales, verdaderas obras de prodigio de la Naturaleza, las truecan, poniéndolas a la funerala, por una alimentación puntual y



por una alternativa en el trato que va del chicotazo adonde les caiga a la caricia sobre cuerpos más o menos gratos y relucientes.

En este rendimiento o derrota de fuerzas intransferibles por el mezquino soborno de un yantar seguro y de una libertad convencional, ningún animal—se ha convenido en que el hombre no lo es?—ha superado en renuncias al gato. Porque el gato es un depósito de furores de fácil éxito, de regaños, de fruncimientos y de broncas, que podrían amedrentar explotando fulminantes y decisivas, a semejanza de las detonadoras. Por eso, la literatura simbólica del gato se ha referido a sus dones luciferinos. El gato ha sido considerado por la vieja literatura representante sintético, homeopático, del diablo. Un diablo con fuegos, que lleva el infierno en la barriga (de ahí la frase: «ese hombre tiene siete gatos en la barriga» para designar grados disimulados y excesivos de perversidad o de mala fe). Los gatos salvajes, crudos, vale decir no cocidos o aderezados por la civilización, son fieros, acometedores, irreducibles. Sus ojos tienen



en las noches tenebrosas de la selva, en lo alto de los montes, fosforescencias terribles y bellas de «luciérnagas fantásticas». Los faros de los automóviles no han logrado, con la doble cinta de claror que tiran sobre las carreteras, ofrecer una luz tan viva y penetrante, que sólo a la de las estrellas del cielo puede ser comparada. Tampoco el hombre-cumbre es dueño de esa luz. Jesucristo padeció una mirada serena, dulce y menos relampagueante. Una mirada humana, vale decir cansada y dolorida, valla que, si la sintieran los católicos, les impediría atravesarla para políticas aventuras. Por eso Jesús, que, como todo recto varón, mira tristemente hacia adentro, no es comparable a ningún animal, y acaso mucho menos que a ninguno al hombre, pues aquel de la cruz sí fué, con perdón del maestro Unamuno, nada menos que todo un hombre. El gato mira, inexorablemente, para afuera, y su mirada le acredita de banquero, de acaparador insaciable de la luz.

Pero el gato posee cualidades originales, temerarias pequeñas, que le permitirían ser un profesional agrío de la rebeldía bien administrada, y sobre todo, no hipotecar absolutamente su independencia. Inútil, porque ha llegado tal vez a la más alta comprensión filosófica. Ya sólo salta por encima de obstáculos, con tal de conseguir un tranquilo enchufe que automáticamente apaga sus iras revolucionarias. Hecho de singular goma viviente, ningún caucho del Amazonas le aventaja en elasticidad. Porque la goma, ensáyese con un balón, rebota apenas choca con algo, y si no fueran esféricos los artefactos de ese vegetal, lanzados con vigor uzquidiano contra algún elemento de resistencia, quedarían casi quietos, inertes, sin bote. El gato es prodigioso. Lo tirarías como a una pelota hacia, contra o sobre lo que sea—no importa la altura ni la profundidad—y caerá siempre de pie, radicalmente orondo y eufórico. Sólo le oiréis un gritito: ¡Miau! Y es que a lo sumo se romperá un diente. ¿Qué diablos tiene en el cuerpo, o qué clase de diablo es? Cuerpo mucho más gelatinoso, sin duda, que el de los gitanos, que son los más sandungueros y sueltos que conozco. Así, el gato, además de hacerse un ovillo o un tortel cuando lo desea, por puro gusto, se estira, se alarga, se angosta, se hincha, crece inverosimilmente, y si se lo propusiera, pasaría por el ojo de una aguja hecho un hilo. Esta facultad azoguesca de distensión y contracción es, sin duda, diabólica, mágica. ¿Son los huesos del gato flexibles? Algo de eso tiene que ocurrir, aunque nadie lo haya averiguado todavía. Es indiscutible que atesora una dinamo invisible que produce ese fluido, que



las gentes han tomado por voluptuosidad, y que sencillamente no es otra cosa que electromagnetismo. Detrás de sus ojos se adivinan pilas. Sobre sus lomos, cuando le pasamos la mano—frote no estudiado tampoco—, se produce una corriente que le arquea la espina dorsal y le pone los pelos de punta en mitin inesperado de flechas. Las uñas, semiocultas, entre los pelos de las patitas, cuando sufren el impulso de la corriente misteriosa, se convierten en garras, cerillas quemadas en las puntas, que se alargan hasta lo inverosímil. Y los bigotes, siempre claros, son también alambrillos de lujo que deben guardar poderosos secretos, porque dice el vulgo—y el vulgo tiene siempre razón—que cortándoles los bigotes, los gatos no ven.

Con su rostro de candado, su mirada lacustre, sin el gesto bonachón y adulator del perro, el gato resulta un animal serio. Cobijado en las faldas femeninas, regalón y caradura. holgazán e indiferente, no sé qué atractivo se le encuentra. Para ser un auténtico rentista, no le faltaría sino aficionarse a fumar grandes cigarros de La Habana. El gato, en efecto, es el único animal a quien el hombre no puede hacer trabajar. No sirve para nada útil. Refractario a la disciplina, si pretendierais agrupar cinco o seis y llevarlos de un punto a otro por una carretera, como no los ataseis, se despararramarían. Son individualistas, anárquicos, egoístas, y si de algo se preocupan y para algo corren como exhalaciones, atravesando, volando por entre los túneles verticales de las chimeneas, saltando abismos, sorteando baches, es para perseguir a la hembra apetecida. Nada románticos y discretos, hacen el amor a gritos espantosos, sólo equiparables a los de los cerdos cuando sienten el filo del cuchillo asesino. Todo lo suaves y modosos que resultan paseando por nuestras habitaciones particulares, lo pierden en un instante apenas una gata pública maulla sobre el tejado entre los tientos floridos cual mocita andaluza. Sólo así se desconciertan atrozmente los gatos. Sin embargo, nadie les ha visto elegir a la gata más guapa. Están siempre por la que caiga, y en esto aventajan al hombre, cuya imaginación incorpora a la mujer predilecta donaires y hechizos que luego, disipada la nube de pasión, no se ven ni con la linterna famosa de Diógenes ni con ese cañón astronómico, recientemente fabricado para enterarnos de las pecas más diminutas o de la erupción de granitos con que la primavera salpica cada año el rostro planetario de Venus.

III

El gato es, por otra parte, aficionado a mil cosas pueriles. Le atrae todo lo que brinca, corre o vuela. Un pájaro, una mosca o un ratón, le sacan de quicio. Nadie sabe esperar con más paciencia que él a que un cándido volátil se pose confiado en alguna zona a su alcance; a que el ratón—tonto perdido—asome la cabecita, enfile las mostacillas de sus ojos y crea que no hay peligro en echar un «garbeo» por la habitación deshabitada. El gato caerá sobre él, infalible e implacable. Seguro de las tenazas de sus manos, de los focos—verdaderos rayos X—de sus ojos y de los alicatitos de sus dientes, se recreará pérfidamente en concederle al pobre ronzuelo unos centímetros de libertad—para el ratón, la libertad es espacio, y el ideal, queso—, a fin de darse el pla-



cer de apresarlo de nuevo y someterlo así a un largo y prolijo martirio sibarítico, durante el cual el gato emplea todo su sutil instrumental: desde la dentadura fina hasta las uñas, agudas como alfileres. Los espectadores solemos decir, presenciando la cruel escena, que el gato juega con el ratón: «Sí, sí, ¡valiente juego!», en el que el gato transforma el cuerpecillo tierno y menudo de esos denodados y heroicos tragadores de los residuos más insignificantes en una coladera, para después engullírselo todo entero como si fuese un pastelillo de fresas o de café con leche. A las moscas, que yo sepa, no las hace sufrir tanto. Generalmente, las caza al vuelo, de un bocado que remeda un tiro al aire, y que infaliblemente significa la introducción, sin posible salida, del



volátil en la barriga ondulante. (El gato parece que tuviese el pulso en la barriga.)

IV

Mágico y precioso, decía una vieja (todas las viejas son grandes amigas de los gatos, ¿por qué?). Acaso tenga razón al adjetivar así. De cuantos animales van y vienen con nuestra voluntad o sin ella por nuestras casas, el gato, a pesar de ser el más soso, es forzoso reconocer que es el menos molesto. Moscas, pulgas, chinches, ratones y perros nos irritan. (Estos últimos, con su excesiva zalamería.) Los gatos no dan caba, y si piden algo es a la hora justa y precisa. En cuanto se les da aquello a que les hemos acostumbrado, el gato, en verano, busca un rayo de sol y se acuesta sobre él, y en invierno, un sitio cercano al fuego y hace lo mismo. Se revuelca al sol como un burro y le importan un comino nuestras preocupaciones y tristezas, nuestros dolores y amarguras. Sólo es capaz de ponerse en peligrosa actividad, como ya he dicho, por una gata. Entonces, Don Juan Tenorio a su lado resulta un cómico de la legua sin verdadero ardor. Por un momento, por un sí de la gata, el gato se arriesga a todo. Inmediatamente después de conseguido su objeto, olvida a su media naranja y se echa nuevamente, plácido y tranquilo, cual gran señor, sobre el rayo de sol o sobre el espacio que el radiador o la cocina calientan. ¡Bendito animal! ¡Divino Lucifer! La verdad es que nadie podría disputarle este admirable don para no trabajar, para encogerse de hombros—metáfora, porque ni este trabajo se toma—ante todo lo que acontezca, ya sea humano o divino. De ahí también que la única palabra con la que lo expresa todo el hombre cuando quiere decir algo total, universalmente eficaz y cosmogónicamente demagógico, sea la arrebatada a los gatos. Y la palabra no es otra que ésta: «¡Miau!», que no sé por qué me hace el efecto de un duchazo de agua helada para apagar fogatas de finchados oradores insinceros, debates falsamente hipertrofiados de importancia, polémicas que rebasan el vaso de la verdad cuando ésta no es más que una gota visible y nada inflamable. Palabra tan formidable la de «¡miau!», que no hay otra tan breve, desconcertante y definitiva en los idiomas, máxime si va acompañada de un



pimpante golpecito en la barriga, que, según la opinión popular, es el sitio donde el varón hospeda o encierra a sus siete gatos de Ecija. (No siempre van a ser los niños de ídem.)

Y esta palabra de sublimes efectos, caro lector, se la debemos al gato. Porque las frases que hemos fraguado a expensas del conocido felino, y de las que deliberadamente he huído («gato con guantes no caza ratón», «espectáculo presenciado por cuatro gatos», etc., etc.), son ya invenciones de los hombres, y por lo tanto, arbitrarias o absurdas. Miau, en cambio, tiene la categoría de un martillo pilongo. Asestada a tiempo, revela su poderío y convierte en ratoncillo a cualquiera que se presente ante vosotros, indebidamente, con títulos o pujos de gigante. Y no hay nada mejor, en estos casos, que ser el gatito que aplasta y devora al gigante.



El nacionalismo africano

Francia empieza a sentir el peso de sus colonias

M. Régnier, ministro del Interior en el Gobierno francés, se encuentra en Argelia. Salió de Marsella el 3 del corriente, y no regresará, a menos que sufra el programa del viaje alguna modificación, antes del 18. Su visita—en la que le acompañan dos altos funcionarios del Ministerio y un distinguido profesor de lenguas arábigas de la Sorbona, Agustín Bernard—lleva una misión de trascendental importancia en momentos de gravedad para la dominación colonial de Francia en Africa. Tiene alguna analogía con las visitas periódicas que hace siglos giraban los jueces ingleses—costumbre que aún perdura en forma modificada—por el interior, *to hear the grievances*, del pueblo o de las gentes que se consideraban atropelladas en sus derechos. M. Régnier lleva el propósito de escuchar, personalmente, los motivos de queja que tengan los argelinos, que surgen de cuando en cuando a las páginas de la Prensa en alborotado y tumultuoso tropel. Esta visita, sin embargo, ha despertado acres polémicas, y más de una figura de algún relieve en la política argelina ha declarado que «los peligros que pueden surgir de un viaje de esta clase, desde el punto de vista de sus efectos políticos en la población musulmana, pudieran ser todo lo contrario a lo que se desea». Lo que es una manera de destacar la gravedad de la situación.

Hace pocos días que en Mostaganem se registraron desórdenes de una violencia insospechada. Dos o tres mil parados se lanzaron a los muelles, destrozaron embarcaciones, arremetieron contra las autoridades, apedrearon el Ayuntamiento e hirieron al alcalde, rompieron lunas, saquearon tiendas y se entregaron a otros actos desordenados por el estilo. En agosto del año pasado, en Constantina, se registraron choques de varios días de duración entre musulmanes y hebreos, que tiñeron con la sangre de docenas de víctimas las calles de la población. En marzo de 1933 se presenciaron sangrientas revueltas, de carácter francamente antifrancés. De esta manera, podríamos continuar hasta fatigar al lector, para llegar a la conclusión de que el problema que tiene planteado Francia en el norte de Africa—no solamente en Argelia sino también en Túnez y Marruecos, y aún más allá, en la arábiga Siria—empieza a ser motivo de inquietud y preocupación. Pero las limitaciones del espacio no nos permiten dar a este artículo la extensión que sería deseable; por lo tanto, nos limitaremos en esta ocasión a presentar un análisis breve de la cuestión argelina.

Las causas del malestar en Argelia son de doble naturaleza: económica y política. Esta posesión, cuya ocupación se inició en 1930, para consolidar una familia gobernante que se tambaleaba en el trono y vengar una ofensa cometida tres años antes, pero que no consolidó la monarquía, aun cuando sirvió para dar orientación a una política colonial, forma hoy parte «indivisible» de la nación francesa. Desde pasada la primera mitad del siglo pasado, Francia inició un nuevo ensayo colonial: la asimilación de una posesión, con una superficie de unos 900.000 kilómetros cuadrados, mucho mayor que la metrópoli. Argelia es hoy una extensión, por lo menos formalmente, del suelo francés. Como tal, está sometida al mismo régimen arancelario de Francia, con alguna de las desventajas, como adición incidental, de los sistemas coloniales. Argelia lucha con los inconvenientes de la activa y organizada oposición de los cosecheros franceses, en particular los vinateros, a la libre entrada de los productos argelinos en Francia. Más de la mitad de las exportaciones de Argelia a Francia son vinos. Los cosecheros franceses, que no saben ya qué hacer con el vino «nacional», se resisten a la aceptación de los postulados de quienes sostienen la doctrina imperial de la unidad económica francoargelina. Quieren aranceles, cuotas y proteccionismo. Con ello encienden más la hoguera de la campaña antifrancesa, que, en su forma moderna, se alienta con el panislamismo, movimiento nacionalista que ha esbozado un programa de acción en el Congreso de Jerusalén, en 1931.

Los tres departamentos del norte argelino—Argel, con más de dos millones de habitantes; Orán, con millón y medio, y Constantina, con unos dos millones y medio—forman la base de la «extensión» propiamente dicha del suelo francés en el norte africano. El resto, la mayor parte de Argelia, no pasa aún del «statu» de colonia. Forma la parte más rica el fértil Tell, suelo quebrado o montañoso, con abundancia de agua y una floreciente agricultura y ganadería, y cuyo comercio exterior subió a unos 10.000 millones de francos y, en 1933, era superior todavía a 8.000 millones. Francia absorbe el grueso de las exportaciones argelinas y de las importaciones—4.316.000.000 de francos en 1933; más de 3.000 millones han salido de Francia. Es uno de los primeros mercados de la gran potencia, que ve reducidas en proporción creciente, de año en año, sus exportaciones, pero que cuenta aún con el monopolio de posesiones tan prósperas como Argelia.

La producción de Argelia se asemeja notablemente a la producción de Francia, sobre todo de la zona mediterránea: 870.800 toneladas métricas de trigo en 1933; 783.600 toneladas de cebada; 16.731.000 hectolitros de vino, y así sucesivamente. Produce también hierro en grandes cantidades, potasa, cuya explotación controla un Sindicato que domina los yacimientos de Argelia, Túnez y Marruecos, etc. En algunos casos, como el tabaco y la potasa, se suplen las deficiencias de la metrópoli; en otros, se entabla pugna abierta—y dolorosa en estos tiempos de crisis y proteccionismo desesperado—con el productor nacional. Así ocurre con los artículos citados, con el

ganado y con otros más. Para muchos franceses, Argelia es una carga intolerable. Para la nación, es una necesidad, cuya elocuencia atestigua el empeño que pone Francia en ofrecerla como ejemplo de una política colonial inteligente y provechosa. Pero rozamos ya un campo sometido a los estragos de una violenta polémica: el político.

Se quejan los argelinos, al parecer con razón, de que la supuesta unidad económica política francoargelina no pasa de ser un pretexto para hacer más dolorosa la condición de sometimiento. De su lealtad no se puede dudar. Argelia se mantuvo tranquila durante los quebrantos franceses en el curso de la guerra francoprusiana y mandó contingentes a Francia durante la pasada guerra. ¿Seguiría haciendo igual, de continuar el actual estado de cosas, en el futuro? Sería arriesgado quien lo afirmase. De momento, es mala la impresión que produce la sospecha de que se envíen tropas senegalesas a Argelia. Con los contingentes de una colonia se mantiene sometidas a otras. No tiene Francia por qué temer una revolución triunfal en Argelia—o en todo el norte africano—en años próximos. Le sobran medios para ahogarla. Pero esta solución pudiera no ser la más recomendable.

Lo atestigua el viaje de M. Régnier y la creación reciente del «Comité Mediterráneo», integrado por los ministros del Gobierno francés que están directamente relacionados con los problemas coloniales en esta parte del mundo y los gobernadores generales de Siria, Túnez, Argelia y Marruecos. No se puede permitir que los problemas coloniales se encuentren más allá de toda esperanza de pacífica solución, y las cosas marchan actualmente por mal camino.

Desde hace bastantes años, la numerosa población hebrea en Argelia goza de los derechos de ciudadanía del propio francés. Los árabes, bereberes, etc., adquieren, en cambio, estos derechos cuando llenan requisitos importantes, como la posesión de propiedades de determinada importancia, condecoraciones, etc. Existe ya aquí un serio motivo engendrador de odios y diferencias, que explica el carácter antifrancés de los ataques de que es objeto con frecuencia la población judía en Argelia. Además, la unidad francoargelina no abre las puertas a los naturales a los cargos públicos. Muchos de éstos han estudiado en París, convivido con las gentes de una ciudad cosmopolita, adquirido la sensación de una igualdad absoluta de trato. Cuando regresan, sin embargo, reciben de pronto, en pleno rostro, el bofetón del sometimiento y la tiranía de algún petimetre incorporado a la Administración colonial francesa, o algo peor todavía. Su reacción puede ser terrible, engendradora de rebeliones y extremismos, pero no está falta de explicaciones lógicas.

De los seis millones de argelinos, un millón son europeos. Sus estadísticas oficiales dicen que, de éstos, 800.000 son franceses. Entre estos franceses están incluidos millares de españoles e italianos «nacionalizados», porque esto es útil y conveniente. El problema argelino—que se agrava con la presencia de una población extranjera tan numerosa, que goza de tratamiento especial, pero que va nutriendo también las filas crecientes de los descontentos—es, pues, un problema internacional.

Esta situación, ligera y deficientemente esbozada, va cristalizando en una grave cuestión, alentada por la presencia de factores extraños que agitan y estremecen a los nativos, que se introducen en sus organizaciones, que llenan de bellas mujeres los cabarets, los cafés o, sencillamente, las casas de prostitución; que se van introduciendo en la Prensa, que facilitan dinero para propaganda, adquisición de armas, celebración de congresos, etc. El panislamismo, movimiento que puritaniza y da vigor a una creencia arraigada en el norte de Africa y el Asia Menor, se va entregando en brazos de misteriosas fuerzas, cuyo campo directo de acción está en Europa y cuya principal arma de combate es la propagación del celo nacionalista. Los principios, al mezclarse, producen a veces resultados muy extraños. Y el desarrollo del nacionalismo exasperado no puede conducir más que a conflictos sangrientos, como los que se vislumbran ya en el rojizo cielo africano.

Cloque colores

última moda. . . 14 ptas. metro

Piel mate pointelle

11 -

Crep anny. . .

8,50 -

Crep arabesco.

7,50 -

Picrep mate. . .

5,25 -

Tejidos última novedad

en sedería para alta costura

GRANDES ALMACENES
Eleuterio
FUENCARRAL, 14



En aquella vuelta del camino, sobre una explanada que unía dos cuchillones, bien frente a la casa de Ño Venancio, era la parada de los carreros que venían de las bandas del sur.

Lindo lugar, abrigado del tiempo. Así, a la derecha de quien llega a la casa, baja un cerco de piedra, que va a morir a un bañado, al fondo del potrero. Lo acompaña en toda su extensión un vallado vegetal, donde, entre el verde duro de las caraguataes, defona de cuando en cuando la llamarada de los ananás. Mojando la base de los cuchillones, corre el Sarandí, y quien pasa por el camino que él interrumpe con su tajo violento oye allá abajo el agua cantando entre las piedras del lecho, estirado después en muchas leguas campo afuera. Por toda la costa del arroyo, leña en abundancia. Buen lugar para parada. Y que lo era de antiguo lo decían las grandes manchas redondas que los fogones dejaban en el suelo, definitivamente pelado a trechos.

Desde aquel altiplano, la vista baja y se pierde sin cansarse en el infinito paisaje. Campos como hechos en nudos y dobleces, de enormes cuchillones redondos, pegados unos a otros como aguantándose para no precipitarse en tierras bajas: son los últimos anticlinales de la sierra que viene muriendo. Después—ondas de un mar parado—se suavizan los contornos, disminuyen gradualmente los montes y se transforman en cuchillas amorosamente ayuntadas, que llenan sin término el escenario agreste. Aquí y allí, listadas de bosque; allá lejos, salpicadas de «capones» de un verde denso, y, por fin, limpias, indefinidamente descampadas, acentuándose en el verdor amarillo de los pastajes finos.

Por la cinta clara del camino, entornillándose por repechos y bajadas, todo el día, todo el año, centenas de carretas, despaciosamente, transportan las cargas del comercio. Grandotas, pesadas quinchadas de paja *Santa-fe*, con agrios rechinamientos en los ejes mal ensebados, avanzan tiradas por cinco, ocho, diez yuntas de bueyes. Al lado, en el faco lerdo, va el carrero con la picana de tacuara. Detrás de la carreta sigue el perro, grande o chico, agalgado o pichicho, fianducero o tatucero, pero infaltable complemento de la carreta.

Y así van, unas tras otras, errantes anillos de la hilera interminable que liga villas y ciudades, en el viaje moroso de tres leguas diarias, cuchillas arriba, cuchillas abajo. En las bajadas, despacio: «¡Ouch..., ouch!...»; despacito en las planicies, y más despacito en los repechos: «¡Firme, firmeee!... ¡Arriba, güecitos! ¡Matrero, Vinchuca, Guayabo, Campero, güey!»

Y allá van las carretas, deshaciendo y haciendo leguas, sin prisa por llegar, sin prisa por volver. En los días escaldantes del verano es duro y penoso el viaje, en la cruda reverberación del sol a plomo, por el camino sin sombra, entre una nube de polvo que forma como un ambiente a la carreta. Pero en el invierno es peor. El camino pesado, el barro pegajoso como engrudo; los pasos a nado y el viento pampero chiflando en las pajas de la quincha, y semanas enteras con un cielo de plomo, desandado en garúas y chubascos. El horizonte, próximo y ceniciento, tife en tristeza el paisaje, mientras en el camino, avanzando apenas contra el viento y la lluvia, pasan las carretas en agravada lentitud y van, una

UNA FIRMA BRASILENA

LOS CARRETEROS

Por DARCY ARAMBUJA

(Laureado por la Academia Brasileña de Letras)

tras otra, sumiéndose en la niebla. Mañanas de bruma helada, largos mediodías grises, tardes ensombrecidas y cortas: inmensos cuadros tristes que va el invierno trazando con el pincel del viento en la tela flotante de las neblinas...

No raro, al pie de la rampa de un camino, se esconde, bajo el pastizal lodoso, una covacha de tatú. Y la carreta, cargada hasta la quincha, encaja allí una rueda hasta la maza. Entre maldiciones y picanazos, los bueyes se arquean sin lograr arrancar. De las otras carretas acuden yuntas de auxilio. Se agregan cuatro o cinco. Nueva gritería y cargas de picana a los dos lados. La rueda se mueve, sube un poco, pero reula de nuevo, cuando no revienta alguna cuarta. Por fin, se enfilan diez, quince, dieciocho, veinte yuntas. Ocho o diez carreros se apostan a los flancos, picana en ristre, y a la voz de «¡Aura! *Yaguané, Lagartija, Retruco, Valecuatro, Chileno, güey!*», las yuntas pegan el tirón sostenido y unánime, los jarretes distensos, gachos los pescuezos, y al fin, la rueda zafa, entre una algazara de gritos y ladridos, dejando socavones profundos en el barro.

—¡Oigalé! ¿No les dije que la yunta osca era pior que tormenta?

Pero cuantas veces solito y su alma, la carreta encajada en el pantano, el carrero curte la noche toda, bajo la lluvia que a través del poncho ralo se le mete en los huesos, en la negra desolación de la tierra encharcada, donde ni puede hacer fuego para darse el dulce consuelo amargo de un mate cimarrón.

¡Vida dura..., vida triste!... Pero el invierno pasa como el verano. Y ni lluvia ni sol apuraron el paso de la boyada. Porque en el mundo parece que el carrero es el único que jamás tiene prisa. Nada para él precisa ir más ligero que la carreta. Toda su vida reposa en hábitos formados al tranco de las yuntas. Sobre el pencho lerdo, al lado de la carreta perezosa, el carrero es por fuerza un ser lento, tanto en el gesto como en las ideas. De éstas no tiene más que los rayos que tiene la rueda, y como ellos, giran despacito en torno de un eje invisible; tardan en venir, y cuando llegan, se pierden en la voz gruesa y lenta o abortan en el gesto relajado.

A veces, después del pesado trabajo de reunir los bueyes remolones, uncir las yuntas, ensillar el matungo y comenzar la marcha, allí no más a la salida, un barquinazo seco rompe el eje. El carrero se le enoja al huraco que causó el accidente, lo llama «desgraciao». Después se apacigua, se agacha un poco a ver... y se encoge de hombros. Si no trae eje de repuesto, lo que es raro, tendrá que cortar uno nuevo, o

TRADUCCION DE MANUEL BERNARDEZ

esperar auxilio. De cualquier modo, el día está perdido. El hombre se estira, bosteza, suelta los bueyes, arroja las coyundas, enciende un cigarro ya empezado y va a juntar leña, de monte... o de vaca. Una hora después, lo que queda de la colilla pasa atrás de la oreja, y el carrero, sin sombra de fastidio, se prende al mate amargo, mientras el sol da vuelta.

Entre los días y los años que huyen, son iguales y pasan despacio los días del carrero. Leguas hechas y vueltas a hacer, en el mismo camino, que se estira al sol, en el mismo paisaje.

En un repecho bravo, que la carreta sube a gatas, los bueyes resollando y con tamañas lenguas, refocila de pronto un automóvil. La bocina grita. El motor ronca. Aquello pasa zumbando, espantando los bueyes. El carrero lo insuita entre dientes, medio enojado, medio en burla:

—¡Desgraciao! ¡Se creará quel camino es dél!

No cree que aquello pueda ir lejos. Observa un poco y vaticina:

—¡Aura no más revienta!

Ante los rieles, la carreta para, mientras cruza el tren rumoroso, en demanda de ciudades lejanas. Cuando se disipa el humo de la vía, las yuntas retoman su tranco. Pesadamente, uno tras otro, las ruedas transponen los rieles:

—¡Bragan, Garabina! ¡Firme, güey!

De tardecita, una después de la otra, las carretas van llegando a la paradá. Los carreros sueltan la boyada, atan los caballos a sogas, arreglan las guascas, juntan leña, y el fogón no tarda en brillar en las sombras crecientes. Al lado de la llama, las dos horquetas con la traviesa donde cuelgan la pava y la olla. Y esperando que el charque y las habas se ablanden, los hombres, sentados en cuclillas, pican tabaco y arman cigarros de chala, entre raras palabras y pocas risas. En derredor, la boyada va echándose y se duerme rumiando, cansada y tranquila. Desde el Oriente, la noche avanza, juntando a retazos las tinieblas que la esperan en los bajos, y va llenando con ellas la extensión silenciosa de los campos. Vuelan pájaros nocturnos. Las estrellas se encienden, lejanas. La comida es parca y breve. Terminada, los carreros, con las últimas fumadas, van echándose en los arreos, debajo de las carretas. A veces, un acordeón rompe el silencio y acompaña la melodía de modiñas antiguas:

*Coitado do carreiro
que nunca descanso tem,
soffrendo por esta estrada
as magoas da querer bem.
Quando atolou a carreta
na estrada da Soledade
fui ver o que tinha dentro:
Vinha cheia de Saudade!*

Si la noche es de luna, la voz del cantor, cansándose, indistinta y quejumbrosa, al son melancólico del instrumento, se derrama con suavidad indefinible por la soledad del campo. Despertados los teruteros, alertean a distancia. Hasta que el silencio vuelve a reinar, y hombres y bestias, cansados y sin sueño, se duermen de un tirón hasta la madrugada, bajo la mansa luz de las estrellas.

Corresponsales administrativos de CIUDAD en provincias

RICARDO DURAN LOPEZ
CACERES

JESUS DUARTE
OVIEDO

JULIAN MERINO
Atarazanas, 7.—SANTANDER

VIUDA DE LISARDO CASTRO
ORENSE

MARGARITA CIFRE
PALMA DE MALLORCA

ENRIQUE GUERRA MARTOS
CORDOBA

LIBRERIA BARBA
Vergara, 9.—SAN SEBASTIAN

ALFONSO P. ORTEGA
VIGO

G. MOLINA GOMEZ
Ballesteros, 4.—VALENCIA

ANTONIO HERMIDA
EL FERROL

ROGELIO BELMONTE
General Esparteros, 9.—ALBACETE

FRANCISCO MARTINEZ VIERA
SANTA CRUZ DE TENERIFE

LIBRERIA LINO PEREZ
LA CORUÑA

LIBRERIA MANUELA MARINAS
LA CORUÑA

JUSTO LLACER
ALCOY (ALICANTE)

MATILDE CALZADA
CADIZ

JOSE BELMONTE
CARTAGENA

JUANA TORRES DE LA CAL
VALLADOLID

VIUDA E HIJOS DE MIGUEL GENER
JEREZ DE LA FRONTERA

JOSE MANTECA ORTIZ
SEVILLA

ALFONSO RAMIREZ
ZAMORA

JOSE PABLOS GALAN
SALAMANCA

UNION DISTRIBUIDORA DE EDICIONES
BARCELONA

JOSE RODRIGUEZ SANCHEZ
MURCIA

Cine

A N N A S T E N



FOTO "ARTISTAS ASOCIADOS"

De la lejana Rusia a Hollywood La carrera de Anna Sten

Por ULYSES PETIT DE MURAT

Su padre era un bohemio. Pereció durante los días de la Revolución. Anna ya tenía vocación de actriz. Su juego infantil preferido fué el teatro desde su más tierna infancia. Hasta los oscuros días de la adolescencia, cuando tuvo que inclinarse (tal como lo hizo, en el esplendor de su carrera, en "Naná") para lavar pisos, actuaba en compañías infantiles o de adolescentes.

Le dió también por el periodismo. Era una mujercita recortada, de esas que lo gran sobreponerse al peso ancestral de los prejuicios que estorban la libre acción de las mujeres y salen a enfrentar la vida. No era su destino cumplir la tierna frase del poeta "no salió de su casa e hiló". Pero su puesto de redactora, vagamente honoraria, de un periódico de Kiev, no resultaba tan productivo, en los días siguientes al rojo octubre, como el de lavar copas en un restaurante. Las lavó por docenas, y así ayudó a su madre y a su hermana.

No tenía domingos. Su día de fiesta era aquel en que podía actuar en el teatro, encarnar personajes soñados constantemente en sus devaneos de adolescente, para abolir un poco la terrible realidad circundante.

Anna Sten, como suele suceder en los cuentos de hadas, encontró el oportuno mago. Un director la vió trabajar. Y la Cenicienta dejó de serlo. No de golpe, no por una ascensión principesca, sino con la lentitud de sacrificio que exige el arte a sus mejores representantes.

Ingresó en una academia de arte cinematográfico. Hizo pequeños papeles. Sometida al anónimo, en virtud de las convicciones comunistas, que ni aun en arte

permiten las "vedettes", su nombre, ya cuando su personalidad de actriz se empezaba a destacar, constituía un misterio para el Occidente.

Sin embargo, se la reconocía. Algunos eruditos del cinematógrafo mundial la nombraban, a riesgo de no ser creídos. "El carnet amarillo", film sobre un tema brutal de prostitución, y "Moscú ríe y llora", difundieron su lisa cara, un poco ancha, como reflejada en un espejo defectuoso; su corta nariz ansiosa, la fresca pulpa de sus labios juveniles y los ojos reconcentrados y tristes.

Partió para Alemania. Debía realizar algunas películas por cuenta de los Soviets. Decidió olvidarse de los Soviets y acordarse de sí misma. Le gustaba ser "estrella", y las ponderaciones de los directores alemanes encontraron un eco inmediato en la frágil muchachita rusa.

Entonces su nombre comenzó a preocupar. "Los hermanos Karamazov" y "La tempestad de las pasiones" le dieron un lugar de excepción en el cielo estejar de la cinematografía europea.

Aportó a la pantalla una personalidad de intensidad reconcentrada. A su excesiva juventud, por contraste, le quedaba bien cierta ansiosa avidez que reflejaban sus ojos inmóviles, la boca entreabierta y la nariz palpitante. Cuando se quedaba quieta ante la cámara, parecía llegar hasta nosotros de un mundo distante, desde un clima arrebatador, en que el sufrimiento y la tristeza debían tener algo de oculto, de secretamente delicado.

Su técnica de actriz consistía en la reserva de energías para comunicarnos fuertes impresiones en cuanto salía de su tesitura hierática.

Fué entonces cuando un viajero acaudalado la conoció y se enamoró (artísticamente hablando) de ella. El viajero, aparte del turismo, tenía actividades relacionadas con la industria cinematográfica

Por

GABRIEL

GARCIA

ESPINA

fica más poderosa del mundo: la de Hollywood. Era un hombre decidido, y se llamaba Samuel Goldwyn.

Samuel Goldwyn convenció rápidamente a Anna Sten de que se viniera a los Estados Unidos en compañía de su esposo. Le comunicó sus proyectos de imponerla como "estrella" de gran categoría.

Por muchos indicios existentes, parece que se propuso colgarles una rival a Greta Garbo y Marlene Dietrich. Los productores aman terriblemente la tradición. Y la tradición demuestra que las grandes "estrellas", las máximas "vedettes" del cinematógrafo, fueron importadas de Europa.

Samuel Goldwyn, aparte de producir películas, es un hombre sagaz. Una reclusión de la futura gran "estrella" le pareció lo más conveniente (la popularidad de Greta Garbo se basa precisamente en su invisibilidad). Le puso maestros de inglés, de danzas y otras minucias.

Para la primera película buscó un asunto literario—que son los que han dado precisamente categoría a Greta Garbo—: "Naná", de Emilio Zola, fué la obra elegida. Los adaptadores se ocuparon con gran diligencia en hacer el trabajo, por el cual recibieron espléndida retribución; escribieron un encuadre que recordaba sólo vagamente, y de vez en cuando, que se trataba de una filmación de "Naná".

Comenzaron a funcionar las medias páginas, las páginas enteras, en los diarios y revistas; los letreros luminosos en los caminos; las larguísimas charlas por radio. Se la nombraba a Anna Sten, en virtud de los dólares puestos en juego por don Samuel, más de un millón de veces por día.

Pero "Naná" no dió resultado positivo en las taquillas. Anna Sten estaba muy bien. El argumento era de vehemente y digno tono trágico. Pero a los norteamericanos no les interesan los grandes artistas que al final de la película no contraen matrimonio, ni los argumentos en cuyo extremo no figura una luna de miel encantadora.

Ahora Anna Sten reaparecerá en "Resurrección". (No más de dos películas por año, como Greta Garbo y Marlene Dietrich, parece haberse dicho Samuel Goldwyn.)

La tradición dice que esta obra de Tolstoi, en las épocas del cine mudo, con Dolores del Río y Rod La Rocque, gustó mucho. "¿Para qué hacer peligrosas experiencias?—se habrá dicho Goldwyn—. ¿Para qué filmar otra obra de Tolstoi o alguna de Dostoyweski, si lo que se requería era un tema ruso?"

Si "Resurrección" gustó con Dolores y Rod, más gustará con Anna y Fredrich March. Y, además, la dirigió Rubén Mamoullien, el director de Greta Garbo en "Reina Cristina".

Anna Sten ha llegado, pues, al punto más alto de su carrera. "Resurrección", en este 1935, nos dirá si al fin le han hecho un marco como para que luzca su espléndida capacidad de actriz.



CONTROL

CINEMATOGRAFICO

- "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.
- "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

○ *La matanza.*—Una buena película de Alan Crosland, nombre de reconocido prestigio para estos menesteres. El tema, dinámico y muy cinematográfico, nos lleva al aire libre y nos aleja momentáneamente de la avalancha



PROSIGUE EN SU



Segunda semana triunfal

La Dama de las Camelias



en

CAPITOL

teatral que venimos padeciendo en el cinema. La circunstancialidad del asunto no le resta méritos al film, y todos salimos muy contentos de los expeditivos procedimientos que Joe, el indio civilizado—muy bien incorporado por Richard Barthelmess—, pone en práctica para dignificar y elevar de nivel moral y material a sus hermanos de raza. Película que ustedes verán con gusto.

○ *Imitación de la vida.*—Gran film este del no menos gran realizador John M. Stahl. Construida la película sobre la novela de Fannie Hurst, y con el mismo título, procura, a pesar del literario pie forzado que la guía, salirse de los linderos teatrales todo lo posible. Aunque no lo consigue en muchas ocasiones, es tan enorme la cantidad de sabiduría cinegráfica puesta al servicio de la obra, tan ponderado y constante el hilo argumental y tan firme el admirable acierto interpretativo, que el espectador se hunde irremediamente en aquel íntimo y doloroso suceso familiar. Claudette Colbert, Warren William y la actriz negra Louise Beavers son las tres principales figuras del reparto.

⊕ *¡Vaya niña!*—Un buen film cómico. No comprendemos muy claramente por qué se exhibe de relleno en un programa, cuando hemos tenido que soportar en otras ocasiones películas muchísimo peores como fundamentales de una cartelera. En esta cinta británica, la comicidad y el estropicio se llevan hasta un límite de verdadero regocijo. Thelma Todd, tan guapa como siempre, y Stanley Lupino hacen una linda pareja recién casada y «bien avenida». Se reirán ustedes, que ya es bastante.

⊕ *El rey de los Campos Eliseos.*—Buster Keaton es lo único sobresaliente de esta película francesa. Sin embargo, se trata de un buen film para reír. En esta ocasión, nuestras salas de estreno se han repartido equitativamente la carcajada y el llanto. O se ríe usted aquí o llora en el cine de al lado. No hay disyuntiva. Optemos por reírnos, como lo harán ustedes, y no nos metamos en más libros de caballerías.

⊕ *Un secuestro sensacional.*—Un suceso, de todos conocido—el rapto del hijo de Lindbergh—, ha sido aprovechado por los excelentes comerciantes de películas norteamericanas para llevar a la pantalla un argumento de análogo desarrollo. Por allá todo lo traducen en dólares. La película es discreta y siempre interesante, por las especiales circunstancias dramáticas dentro de las cuales se produce. Dorotea Wieck, consecuentemente con esos papeles maternales más o menos patológicos que suele incorporar, soporta en este film, con buen matiz interpretativo, las audacias de los «gangsters» secuestradores del Baby Leroy, su hijo en la película.

○ *La Dama de las Camelias.*—Magnífica versión francesa de la popularísima obra de Dumas. Este asunto, que ha conocido hasta ahora todos los métodos existentes de la vulgarización, vuelve al cinema sonoro impreso en una cantidad respetable de kilómetros de celuloide. La película es, pues, larga, pero no se nota. Y éste es su mejor elogio. El ambiente de entonces, hasta con sus detalles más nimios, tiene una fidelísima reproducción cinegráfica en todo su volumen: vestuario y escenografía. Ivonne Printemps hace una Margarita Gautier de impresionante y maravilloso realismo. La escena de su muerte es algo para no olvidarlo fácilmente. Pierre Fresnay le da la réplica en un Armando Duval bastante bien encajado. La película, en conjunto y dentro de lo que puede dar de sí el asunto, es muy buena.

⊕ *El difunto Tupinel.*—Otra película de ese «corte» puramente francés que se nos ha hecho popular aquí. Alegría, pimienta, enredo, escabrosidad... Hay dos señoras muy guapas—Colette Darfeuil y Simonne Deguyse—, dato muy digno de tenerse en cuenta.

VERITAS

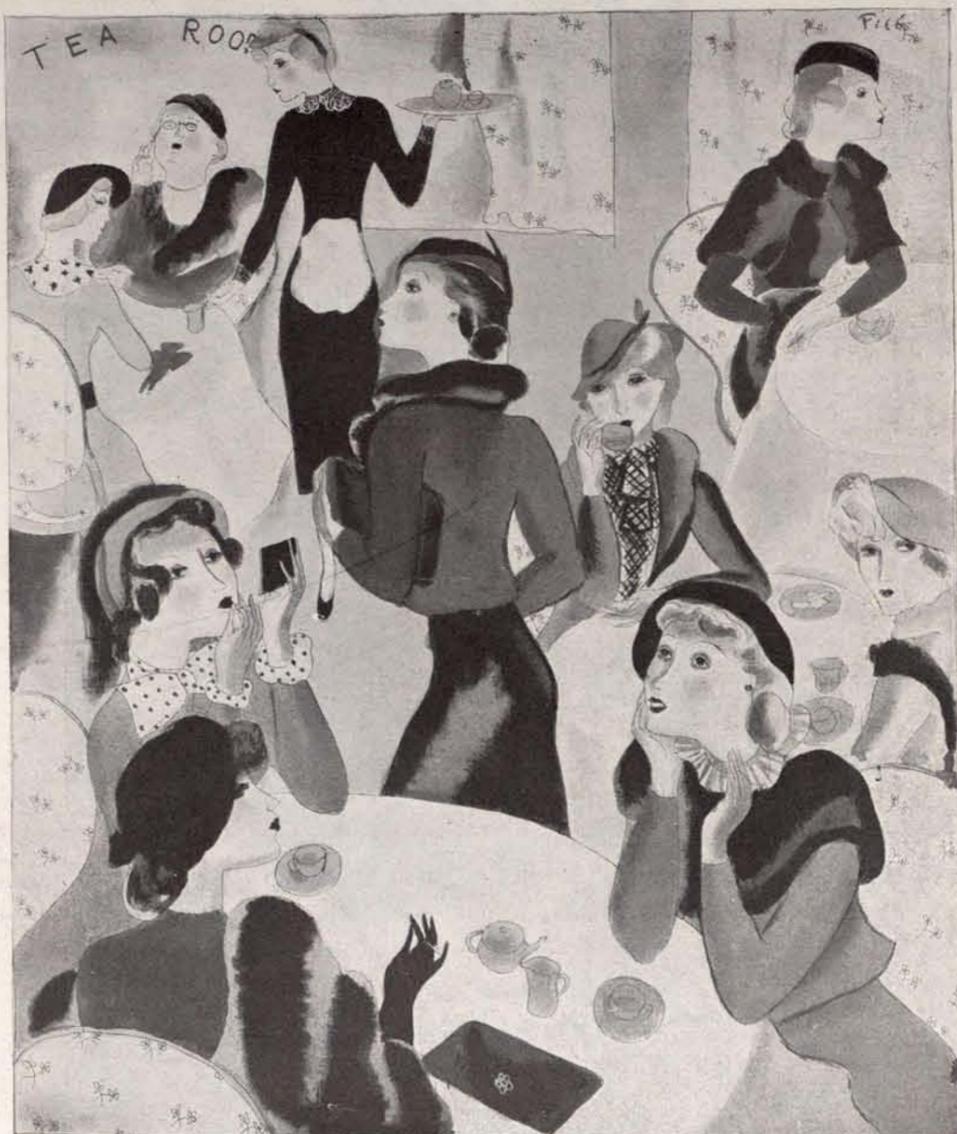
HENO DE PRAVIA

¿Debe estar perfumado un buen jabón de tocador?
 -Debe estarlo, como gracia añadida a su calidad, de modo que deje en el cutis limpio, terso y embellecido, un halo que acentúe la sensación de aseo, tersura y belleza. Así fué concebido y logrado, con originalidad inimitable, el perfume del Heno de Pravia, el jabón de los finos aceites.



PASTILLA 1.30

PERFUMERIA GAL - MADRID - BUENOS AIRES



LA HORA DEL TE

Por PICÓ

POEMAS DE AMOR

I

Mi corazón te presentía
 y mi deseo te buscaba.
 Cerré los ojos.

¡Te tenía
 aquí, dentro del alma!

II

Igual que la corriente de este río
 es el amor que siento:
 que con irse alejando de sus fuentes,
 mucho más va creciendo.
 ¡Ay, fuente de amor mía,
 desde que allá, en la sierra, te quedaste
 no veo mis orillas!

III

En estas altas sierras
 me espera mi amor.
 ¡Quisiera tener alas
 en el corazón!

RAMÓN CASTELLANOS.

RUMBOS

Rumbo a tus labios venían
 —estrellas con alas blancas—
 veleros de mis deseos,
 fletados por la esperanza.
 Y yo, entre limones agrios,
 fiel capitán de mi escuadra.
 Islas, islas, islas, islas,
 orlas de rutas soñadas.
 Arrecifes de coral
 y conchas de limpia plata.
 Pero los puertos se cierran
 cuando las naves se cansan
 de perseguir los luceros,
 como peces, por el agua.

P O E T A S
 N U E V O S

Entonces la esfera dura
 pierde sus ejes—sus anclas—
 y sin perfil ni penumbras
 circunscribe torpes ansias.
 ¡Poliedros hechos de luna,
 con las aristas en ascuas,
 giran locos, sin moverse,
 sobre el mar, sobre las playas!

J. GALLEGÓ DÍAZ.

CASTILLA

Paisaje histórico.

Muerta como una novia
 blanca de tierra y polvo:
 Castilla, que reposa
 seca ya de perfiles
 y seca ya de historia.

¡Castilla sólo es eso!
 Carne seca en los hombres,
 edificados muertos,
 muertos los horizontes
 con lejanas quimeras...
 Nada... Tierra y tierra,
 Castilla,
 novia muerta.
 Hombres de carne seca,
 seca también la tierra;
 escorzada en el polvo.
 ¡Castilla, novia muerta!

Paisaje con figuras.

Tú y yo...
 (Figuras vivas del paisaje:
 nuestra carne
 una flor
 de amapolas en trigales.)
 Cruzaremos el campo
 del solar castellano;
 caballo llevaremos,
 y galgo...

JESÚS VILLA PASTUR.

PASTORAL

Voy por aquella moza
 de la ribera:
 muslos de rama desnuda
 y ojos de hierba.
 Voy por aquella moza
 de la ribera,
 que luce en el prado
 entre las ovejas,
 que nunca empañó su mirada
 ni hiel ni tristezas.
 Senos tiene de luna mora,
 y aroma de flores de selva...
 ¡Voy por aquella moza
 de la ribera!

VARELA VÁZQUEZ.